

AÑO I

OCTUBRE DE 1911

NUM. 3.

JUVENTUD

REVISTA MENSUAL

ORGANO DE LA FEDERACION DE ESTUDIANTES

Direccion: San Diego 34 - Santiago de Chile



Don Nicolas Palacios

SUSCRICION ANUAL: \$ 4.50

NUMERO SUELTO: 50 Centavos

‘Juventud’.--Sumario del N.º 3

	Pájs.
ARMANDO DONOSO.—El teatro simbolista de Hauptmann.....	124
OSCAR RIDE. Requiescat.....	138
JOSÉ MAZA.—Rasgos biográficos de don Nicolas Palacios.....	139
TEODORO SOLOGUB.—Dios de una tierra ignorada.....	150
E. VICUÑA FUENTES.—Luis Caviedes.....	151
CÁRLOS VAZ-FERREIRA.—Leyendo a Taine.....	156
JORJE GONZALEZ V.—Egloga del camino.....	157
ALFRED CROISSET.—Necesidades de la Democracia en materia de Educacion.....	159
AUGUSTO THOMSON.—Los conquistadores del Sol.....	167
PEDRO PRADO.—Los últimos azahares.....	171
<i>Crónica estudiantil.</i> —.....	173
.....IN MEMORIAM—Don Carlos H. Acuña Azócar..	174
<i>Libros recibidos.</i>	175



AÑO I

OCTUBRE DE 1911

NUM. 3.

JUVENTUD

REVISTA MENSUAL

ORGANO DE LA FEDERACION DE ESTUDIANTES

Direccion: San Diego 34 - Santiago de Chile



Robert Hauptmann



El teatro simbolista

DE HAUPTMANN

(*Conclusion*)

II

«Der Biberpelz» (La pelliza de Castor) acusaba ya la próxima evolución de Hauptmann hacia el simbolismo poético en el teatro; además, tan solo en este campo se vino a descubrir el poeta que antaño escribiera «Promethidenlos», pues, en «Hannele Himmels-fahrt» (La ascension de Hannele) i en «Die Versunkene Glocke» (La campana sumergida) si es cierto que el dramaturgo ha alcanzado la madurez en el dominio de la técnica, lo que mayormente admiramos es la forma poética en las estrofas de una sencillez primitiva. En estos poemas dramáticos no es ya el escritor complicado i sutil de «Almas solitarias»; por sobre toda la literatura i la estética se sobrepone el poeta idílico que ha aprendido en los viejos libros el arte de contar consejas azules de una injenuidad digna de Wackenroder o de Fra Domenico Cavalea. Impero, a pesar de la adorable sencillez de estas obras, que se dijieran escritas por un monje cartujo del siglo XV, el simbolismo que ellas entrañan se ha prestado a no pocas contradicciones: no parece sino que al escribir el dramaturgo alemán tales cuentos rimados,

hubiera sufrido nuevamente la influencia de Ibsen: como en «Peer Gynt» i en «Solness el constructor» la sed de un idealismo supra-terrestre impulsa al fundidor Henrique de la «Campana sumerjida». «He estado tanto tiempo sin fiestas, —dice éste— mudo, parecido a una ruina. Mi obra aguarda la hora en la cual, a todos los vientos, deba anunciar la fiesta de las fiestas». Así, también, viven encerrados en la *turris eburnea* de su egoísmo, Juan Gabriel Borkman i Solness.

Para los corifeos del naturalismo «La Asuncion de Hannele» afirmaba el alejamiento de Hauptmann hácia el misticismo decadente. En cambio, la crítica no vió en esta obra tal o cual tendencia: fuerza era reconocer que en ella no habia buscado el poeta otro fin que el de producir una sensacion artística, despreciando por completo las intervenciones accesorias que solo sirven para completar la accion de la obra. El dramaturgo ni se inclina hácia el catolicismo al evocar en la persona del extranjero el recuerdo de Jesus de Nazareth⁽²⁵⁾, ni pretende sacar conclusiones de moral antojadiza para niños grandes. «La Asuncion de Hannele» es un cuento de ensueño mui triste i mui humano; en él no hai situaciones dramáticas que sorprendan con efectos de pantomima. En el escenario de un teatro trae la memoria el recuerdo de los Misterios que antaño se represen-

(25) Recuérdese ese símbolo que se titula «Hanneles Himmelsfahrt» en el que se descubre la individualidad de Hauptmann, i allí se hallarán todos los elementos que le caracterizan. En ese poema se contiene el misterio de la salvacion, i es tan profundo el pensamiento que lo inspira, que resulta mas verdadero, mas artístico que el «Parsival» de Wagner. En esa obra llega Hauptmann a incommensurable altura, i el dolor a tan perfecto i sublime espresion, que solo puede compararse con los grandes misterios de la Edad Media cristiana. — *Franz Servaes*.

taban en los portales de las Iglesias provincianas. Oigamos este cuento azul:

Noche de tempestad. En el asilo de mendigos de la montaña, varios harapientos disputan entre sí mientras afuera el viento atierra los árboles; de pronto se abre la puerta de la estancia i aparece en ella el maestro de escuela Gottwald. Lleva en sus brazos a Hannele, la hija del albañil Mattern, a la que ha sacado del estanque el leñador Seidel. «En circunstancias que salía de la fragua—refiere éste a los circustantes,—la luna alumbraba débilmente, cuando de pronto escuché por ahí como la voz de alguien que se quejaba. Primeramente pensé que se mofaban de mí, pero, he aquí que alcanzo a distinguir una forma en el estanque i, justamente, del lado que no se hiela. Dí un grito... i la forma desapareció. Alcancé de un salto a la fragua, en busca de una tabla, i sin tener tiempo para alcanzar a decir nada, volví al estanque. Coloqué la tabla a manera de puente sobre el hielo i pude atrapar a la pequeñuela por su chaquetilla». Hannele por escapar a los castigos salvajes del albañil que la golpeaba a menudo i la hacia mendigar hasta en días de tempestad, trató de buscar la muerte arrojándose al estanque.

El maestro de escuela Gottwald la tiene en sus brazos; la dulce Hannele le dirá tan solo a él la causa de su desesperación.

GOTTWALD.—.....Tú estabas en el estanque de la fragua; ¿por qué no te quedaste en tu casa? Dí, ¿por qué?

HANNELE.—Escuché voces que me llamaban.

GOTTWALD.—¿Quién te llamaba?

HANNELE.—El buen señor Jesus.

GOTTWALD.—¿Dónde te ha llamado el buen señor Jesus?

HANNELE.—En el agua.

GOTTWALD.—¿Dónde?

HANNELE.—Abajo, en el agua.

La luz de la luna penetra por la ventana i alumbra el grupo compuesto por el maestro de escuela Gottwald, Hannele, el leñador Seidel i el doctor Wachler. Poco a poco el delirio va apoderándose de Hannele. Palabras incoherentes brotan de sus labios. La hermana Marta, que llega en ese instante al asilo, logra calmarla haciéndola que se duerma. Entónces comienza la verdadera alegoría de esta *Traumdichtung*, poema de ensueño. Todos se han retirado de la habitación. Hannele reposa. La forma del albañil Mattern aparece al pié del lecho.

LA APARICION.—.....Levántate i anda a encender el fuego — la dice — Vamos, que sea pronto. Bien sabes que por misericordia i por piedad te guardo en la casa.

Hannele salta fuera del lecho i va a refugiarse junto a la estufa clamando: «Señor Jesus». En ese instante vuelve al aposento la hermana Marta.

LA HERMANA MARTA. — Duerme Hannele, duerme. Nadie te llama.

HANNELE. — Era nuestro señor Jesus..... escucha. Escucha... me llama todavia: «Hannele»... Bien alto: «Hannele... ven conmigo». Cómo le escucho.

LA HERMANA. — Es necesario estar siempre preparados para cuando Dios nos llame.

HANNELE. — Hermana ¿no sientes?

LA HERMANA. — Nó, Hannele.

HANNELE. — El perfume de las lilas (en su éxtasis de beatitud que crece poco a poco). Escucha, pues, escucha. ¿Qué puede ser eso? (A lo léjos se siente una música mui suave). ¿Acaso serán los ángeles? ¿No los sientes, hermana?

De pronto una claridad crepuscular invade el aposento. Una vision blanca se llega junto al lecho. Es la madre de Hannele que viene a consolarla.

HANNELE. — Madre, qué hermosa eres i cómo deslumbras.

LA APARICION. — Los ángeles del cielo son mil veces mas hermosos todavia.

HANNELE.—¿Por qué no eres tú tan bella como ellos?

LA APARICION.—Porque yo he sufrido por tí.

HANNELE. Madrecita, quédate conmigo.

LA APARICION.—(Levantándose) Es necesario que me marche.

HANNELE.—¿Es hermoso a dónde te vas?

LA APARICION.—Son praderas vastas, praderas sin fin, abrigadas contra el viento, protegidas contra la tempestad... bajo la guarda de Dios.

HANNELE. ¿I puedes tú reposar cuando estas fatigada?

LA APARICION.—Sí.

HANNELE.—¿Cuándo tú tienes hambre puedes comer?

LA APARICION.—Para saciar mi hambre tengo frutas i viandas, i cuando tengo sed bebo vino dorado.

La forma luminosa desaparece por fin i en su lugar la vision de tres ángeles coronados de rosas, que cantan junto al lecho, alegran a la pequeña Hannele:

Duerme, pequeñuela, sin cuidado,

Que somos los ángeles.

Duerme, niño, duerme.

La segunda parte del drama es toda alegoría. Sus personajes pierden la realidad para entrar al reino del ensueño.

El ángel de la muerte ha llegado hácia Hannele Mattern; silencioso i grave, la mira sin quitarle la vista.

HANNELE.—¿Quién eres? ¿Eres un ángel acaso? ¿Vienes hácia mí? Yo soi Hannele Mattern.....¿vienes hácia mí?.

La hermana Marta hace sonar una campanilla de plata i aparece entónces un sastre aldeano que lleva las ropas de desposada con las que se ha de vestir Hannele. «Con vuestro permiso, princesa Hannele—le dice éste.—Son los zapatos mas pequeñuelos que hai en el imperio. Ellas tienen todas el pié mui grande, las Hedwig, las Agnes, las Lisas, las Marta, las Ana, las Gretchen. Que bien os sientan. La novia ha sido encontrada, pues, la señorita Hannele es la que tiene

los piés mas pequeños».

Entre tanto a lo léjos se escuchan los acordes de una marcha fúnebre. Hannele sigue delirando. El ángel negro ha desaparecido. En la puerta del asilo aparecen el maestro de escuela Gottwald con sus discípulos: niños i niñas, vestidos con sus trajes domingueros, vienen a depositar flores sobre el féretro de la pequeña muerta i a cantarle un coral. Tambien llegan los mendigos del asilo. De pronto la forma del albañil Mattern se destaca junto al lecho i, con jesto airado, amenaza a la pobre Hannele, poniendo espanto en su débil corazoncillo. En esos momentos un hombre, envuelto en una hopalanda oscura, penetra al aposento: su rostro es pálido; lleva sandalias en los piés; parece estar fatigado cual si hubiera realizado un largo viaje. Su rostro traduce una bondad celestial.

EL ESTRANJERO.—Albañil Mattern, ¿no tienes nada qué decirme?... ¿No tienes nada que reprocharte? ¿No la arrancaste, durante la noche, jamas a su dulce sueño? ¿No calló a menudo ella humillada a tus plantas, bajo la amenaza de tus puños?

MATERN.—Entónces, mátame, mátame en seguida. Si por mi causa murió ella, deseo que el trueno me aniquile.....

El recién llegado se acerca a Hannele i cojiéndola las manos con extrema dulzura, la dice: «Esta jóven no está muerta, está dormida... Hannele Mattern, levántate».

Luego una luz dorada llena el asilo. Hannele abre los ojos i se levanta, ayudada por la mano del Estranjero, mas, sin mirarle de frente.

EL ESTRANJERO.—Hannele.

HANNELE.—Hélo aquí.

EL ESTRANJERO.—¿Quién soi?

HANNELE.—¿Tú?

EL ESTRANJERO.—Pronuncia mi nombre.

HANNELE.—(Como suspirando i con tembloroso respéto) San... San... San...

EL ESTRANJERO.—Conozco todos tus dolores i tus angustias.

Mientras a lo lejos se oyen los sonos de una música, entra al aposento la hermana Marta. Detrás de ella emergen formas de ángeles i muchachuelos que traen incensarios i flores. El Etranjero habla de las bienaventuranzas celestiales, mientras un coro de ángeles entona:

Ven, hermana, con nosotros
al paraíso Aleluya,
al paraíso Aleluya.

Luego el canto se aleja poco a poco i las formas luminosas desaparecen. La luz del día invade el mísero aposento del asilo de mendigos en la montaña. En el pobre lecho, Hannele Mattern está enferma aun. El doctor Wachler se acerca a ella en tanto que la hermana Marta observa con ansiedad.

EL DOCTOR WACHLER.—Tiene razón, hermana.

LA HERMANA MARTA.—¿Muerta?

EL DOCTOR WACHLER.—(Con tono angustiado) Muerta.

Así termina la vida de la pequeña Hannele, aureolada por el martirio, cual si fuese la de una santa de las ajiografías medievales.

III

En «La campana sumerjida» el cristianismo simbólico de «La Asuncion de Hannele» se transforma en un alto sentimiento pagano, como es el ideal de un fundidor de campanas que cree en la virtud casi anjélica de su oficio.

El idealismo de Hauptmann, en este cuento dramático, es oscuro hasta lo metafísico. Como el Juan Gabriel Borkman de Ibsen, el maestro Henrique está poseído por la locura de una misión tan alta, digna de un dios del Ramayana. Sin embargo, es fácil olvidar a menudo el fondo de la

obra ya que el verdadero encanto de ella reside en sus versos insuperables, de una serena factura clásica. Podrá talvez «Los tejedores,» como obra teatral, tener un mas alto valor retórico, mas, en cuanto a las bellezas puramente líricas, «La campana sumerjida» es la obra mas honda i mas perfecta del teatro del dramaturgo alemán (26). Cuando se representó en Paris este cuento dramatizado encontró una aceptación indiferente, casi desdeñosa; no así, en cambio, en Alemania, cuyo éxito ha sido uno de los mas considerables que se rejistran en los últimos años. La razón es fácil de comprender: mientras en alemán la obra es de una belleza insuperable, a pesar de estar escrita gran parte en dialecto de Silesia, vertida a otro idioma pierde lo mejor de su ropaje poético.

Hé aquí la fábula: Miéntras la ninfa Rautendelein, en un prado de la montaña, peina sus cabellos de oro, contemplándose en el cristal de la fuente, un fauno de la selva se acerca a ella i, travieso i alegre, la refiere que en circunstancias que conducian por el camino de la montaña la campana que debia ser colocada en el alto de la torre que han construido los hombres para ahuyentar a los espíritus de la selva, quebró él un rayo de la rueda, i la campana, cayendo desde lo alto, fué a sumerjirse en el fondo del lago. Tras ella se lanzó al precipicio el fundidor Henrique.

El crepúsculo comienza a invadir el prado. Del bosque llegan los gritos sofocados de alguién que pide socorro. El fauno desaparece i Rautendelein ve llegar a la cabaña de

(26) «Die Versunkem Glocke» tiene un doble valor porque significa el primer paso dado por Hauptmann en la conquista de la leyenda alemana a favor de la escena. No le habian faltado predecesores Fulda, Rosnier i Humperdinck: pero siempre fué el representante mas caracterizado de esta tendencia literaria.

su abuela la bruja, a Henrique, el fundidor de la campana que, herido i estraviado en la selva, en vano demanda auxilio en la soledad. La ninfa le da de beber leche fresca i le vuelve a la vida; el extranjero acaba por ganarse sus simpatías.

— «Quédate cerca de mí—la dice éste.—Quédate i no te vayas. Tú no sabes, tú no te imaginas lo que para mí representas. ¡Oh! no me despiertes. Deseo contarte mi desgracia: . . . caí . . . Pero no . . . pues es tu voz sola lo que yo quiero oír, tu voz que Dios hizo pura i celestial. Habla. ¿Por qué te callas? Ya te digo pue caí. Ignoro cómo aconteció aquello: ¿cedió acaso el camino a través del cual caminaba? ¿Fué por casualidad o por descuido?»

En este momento el fauno del bosque llega dando gritos de «Socorró . . ! Socorro . . . », para atraer hácia la cabaña de la bruja, donde está el maestro Henrique, al cura, al barbero i al maestro de escuela de la aldea, que en vano lo buscan, despues de haber caído en el precipicio de la montaña.

Deshecho el hechizo logran éstos llevarle hasta la ciudad, aún herido. Las voces se alejan suavemente. La luna asoma detrás de los pinos de la montaña, mientras los silfos danzan en una ronda en un claro del bosque. La ninfa Rautendelein se llega hácia ellos i solicita ser admitida en la danza.

Nehmt mich auf in euren Kranz!

Ringel reigenflüstertanz.

Silberelfchen, liebes Kind!

Schau, wie meiner Kleider sind.

Blanke Silberfädelein

Wob mir meine Muhme drein:

Braunes Elbchen, nimm in acht

meiner braunen Glieder Pracht,

und du, goldnes Elbchen, gar,

Nimm in acht mein goldnes Haar:

Schwing ichs hoch—so tu es auch. —
 ist's ein seindenroter Rauch.
 Hängt es über mein Gesicht,
 ist's ein Strom; von Gold und Licht.

(Dejadme tomar parte en vuestro corro,—en el murmurio de vuestra danza circular.—Pequeño silfo de plata, querido mio, — contempla la tela de mi traje: —lucientes hilillos de plata — entretejió mi abuela. — Observa, pequeño silfo moreno,— el espléndido color oscuro de mi cuerpo;—i tú, silfo de oro, —mira mis cabellos dorados;—si los hago flotar en el aire, i haz tú lo mismo—parecen un humo de color rojo sedño;—i si con ellos oculto mi rostro, — semejan un torrente de oro i de luz) (27).

Luego se alejan los silfos i una ondina viene a consolar a Rautendelein que se ha puesto triste por la partida del fundidor Henrique, del cual se ha enamorado. Desea irse al pais de los hombres.

LA ONDINA. —¿A dónde deseas irte?

RAUTENDELEIN.—¿Qué te importa?

LA ONDINA.—Me interesa mucho, brékékékex.....

RAUTENDELEIN.—Voi a donde me lleva mi gusto.

LA ONDINA.—¿I dónde está tu gusto?

RAUTENDELEIN.—Aquí i allá.

LA ONDINA.—¿Aquí i allá?

RAUTENDELEIN.—I... en el pais de los hombres. (Desaparece de la selva).

LA ONDINA.—Corax... Corax... Brékékékékéx...

(27) No es cosa fácil pretender vertir al español estos versos de por sí paronomásicos. La presente traduccion es de don Darío Castro, quien ha agregado ademas las siguientes notas esplicativas: los dos primeros versos van dirigidos a todos los silfos. En los que siguen el niño pretende ganarse la benevolencia de cada uno de ellos, llamándoles la atencion sobre aquello en que se parecen con él. Segundo verso es un sustantivo que explica a *Kranz* de la 1.^a línea. La traduccion literaria: *danza circular murmuradora*. El 3.^{er} verso se refiere a un solo silfo: lo prueba el adjetivo singular *liebes*.

La ninfa Rautendelein se encamina hácia el hogar de Henrique, donde acaba por ganarle para que se vuelva nuevamente a la montaña a proseguir su obra de fundidor. En vano la pobre Magda, su esposa, tratara de disuadirle; el hechizo en la ninfa triunfa sobre el amor del hogar. «Oh, tierno niño, la dice el maestro fundidor, has que llegue mi última hora . . . ¡Oh, rama florecida que la mano paternal de Dios cojió para mí en una lejana primavera! . . . ¡Oh, boton de flor libremente abierta! . . . si fuese yo el que antaño se ponía en camino al nacer el día, como no te estrechara con alegría contra mi pecho . . . Estuve ciego, pero ahora la luz me invade i, todo presentimientos, comprendo el mundo a que pertenezco. Miéntas mas te contemplo, ¡oh misteriosa imájen!, siento mas hondamente que te veo . . . ¡Qué hermosos son tus cabellos de oro! ¡Cuánto esplendor!.. Tú, a mi lado, el mas querido de mis sueños. Ahora la barca de Caronte será para mí una barca real que desplega las velas de púrpura hácia el Este, hácia el Sol levante...»

En medio de la montaña i en compañía de Rautendelein, el forjador Henrique ha comenzado su obra ideal, a pesar de los obstáculos que le allegan la ondina, el faino i los silfos de la selva. El amor de la ninfa le preservará contra todos los maleficios, miéntas el resplandor de su fragua ilumine la noche en las montañas. El fundidor ha olvidado a su familia que en el valle se desvela esperándole. En este momento el cura de la aldea tratará de arrancarle a las garras paganas de la tentacion en que ha caído, miéntas está entregado a su obra de superhombre.

EL CURA.—¿Para qué Iglesia creéis vuestra obra?

HENRIQUE.—Para ninguna.

EL CURA.—Pero ¿quién os la ha encomendado?

HENRIQUE.—Aquel que ordenó a este abeto levantarse al borde del precipicio. La pequeña iglesia que allá abajo fundasteis está arruinada. He aquí la razon por la cual debo establecer fundaciones nuevas sobre las cimas; fundaciones nuevas para un nuevo templo.

Gracias a los conjuros de la ninfa Rautendelein, en su trabajo de fundidor ayudan al maestro Henrique los enanos de la selva i todos los espíritus invisibles del reino de la noche. Entre tanto, en la aldea el cura ha puesto espanto en los corazones relatando la estraña locura del fundidor, que se ha entregado por entero a una obra satánica. En vano tratarán de reconquistarle al hogar que en la lucha contra éste caerán vencidos, aplastados por los bloques de granito i por el fuego que, desde lo alto les arrojan los espíritus de la montaña. Tras las fatigas del trabajo el fundidor Henrique encuentra el descanso en los brazos de Rautendelein. Mas, he aquí que un día éste ve subir por la cuesta de la montaña a sus hijos pequeñuelos, fatigados i tristes; entre ambos llevan un cantarico lleno con las lágrimas que vertiera su madre ántes de morir; en ese instante, en la profundidad de la selva, resuenan los sonos de la campana, tristes, lastimeros. «La campana... la campana esclama el fundidor.—La vieja... la sumerjida... como suena...» Es la voz de la campana que está en el fondo del lago, la que toca su esposa Magda tratando de recordarle la voz de su deber.

En el último acto de la obra, cuando el maestro Henrique regresa a morir en la cabaña de la bruja, la desesperanza se ha apoderado de él; su fé en la construccion de la obra ideal que despertará a la Humanidad, ha muerto.

El edificio de sus ensueños arde ahora en la cumbre de la montaña i pronto será un puñado de cenizas que el viento disipe. La voz de su antigua campana, de la campana sumerjida, le ha vencido. I luego, ántes de que la muerte selle sus párpados, acariciado por el ensueño no cumplido, esclamará, en brazos de la ninfa Rautendelein, que ha venido a llevarle al país de los espíritus:

«Allá arriba... El canto de las campanas del sol... El sol... El sol llega. La noche es larga....»

IV

Talvez por vía de reaccion contra el naturalismo quizo Hauptmann volver hácia el injénuo arte primitivo de los Misterios. De tal modo «La Asuncion de Hannele» es una negacion de su obra primera, escueta, ruda i con vistas a los problemas sociales. Es ciertamente simbólica en su alegoría cristiana que la inunda de una celeste i beatífica santidad pascual; empero, no es posible buscar en su jénesis la idea de una conversion relijiosa que pudiera haberse ganado al poeta. Para los que admiraban en la obra de Hauptmann su racionalismo filosófico i que no comprendieron el verdadero sentido de esta *Traumgedichte* ⁽²⁸⁾, «La Asuncion de Hannele» tuvo el carácter de una traicion cruel. Sin embargo, el poeta cristiano de este poema en el fondo era el mismo ideólogo de «Los tejedores», lo que si que siguiendo en su evolucion un ideal de perfeccionamiento, hacía caso omiso de los humanos convencionalismos para entregarse a una accion superior. Así fué cristiano, dulcemente místico como Fra Jacopone i Wackenroder en «La Asuncion de Hannele» i luego pagano idealista en «La campana sumerjida». La cual oposicion brusca prueba el afán proteico de vivir a través de todas las ideas, de todos los sentimientos i de todas las cosas, buscando las formas eternas de la Belleza i del Ideal, mas distantes cuanto mas cercanas. Talvez Hauptmann podría decir, como d'Annunzio, en cualquier instante de su obra: «Il mio spirito invece come un campo rotto dal duro vomere, dopo un saggio di inerzia, era pieno della piu impaziente fecondita.» ⁽²⁹⁾.

(28) Poesía de ensueño.

(29) Poco ántes de estrenarse «El martirio de San Sebastian» en Paris, d'Annunzio fué entrevistado por un periodista del «Corriere de la Sera». De las declaraciones que el poeta hizo entónces entresacamos las líneas anteriores que esplican mui bien tambien la labor que a diario realiza Hauptmann.

Ajeno a toda idea preconcebida Hauptmann logró realizar en su poema de ensueño «La Asuncion de Hannele» lo que Oscar Wilde pedía como coeficiente artístico: *The Mystical in Art, the Mystical in Life, the Mystical in Nature*,⁽³⁰⁾ yendo abiertamente contra toda la tendencia de su obra anterior como para probar, con William James, que «la estructura de nuestro espíritu es, pues, en gran parte obra nuestra, o al ménos la obra de algunos de entre nosotros.»⁽³¹⁾

Esta primera obra simbólica no fué mas que el prelude de lo que habia de escribir mas tarde, «La campana sumergida», canto pagano al *alma mater* de la naturaleza. Nunca la poderosa imaginacion de un poeta logró armonizar como en esta conseja, maravillosamente humana, lo trascendental de la cotidiana realidad con el simbolismo panteista de las fuerzas del Gran Todo indisoluble. Ya no es Ibsen quien inspira en este poema a Hauptmann; Shakespeare i Wagner le apadrinan. El símbolo del fundidor tiene reminiscencias del Próspero i del Anjel i a veces se codea, en las altas rejiones del idealismo, con los deseos de Walhalla wagneriano.

Como el poeta de «King Lear» Hauptmann ha querido limitar siempre en su teatro simbólico lo que podríamos llamar la metafísica de la idealojía, no apartándose jamás de lo humano, de la atraccion de la realidad: junto a Henrique está Magda i los hijos; cerca de Hannele el albañil Matern, la hermana Marta i el maestro Gottwald mientras la fantasía edifica sus castillos, la vida, como el silfo de la montaña, prepara las catástrofes. Es que este neo idealismo filosófico tiene su centro indirectamente en la vida, vive en la naturaleza i tarde o temprano ha de volver a ellas.

A. Donoso.

(30) «De Profundis» (Edicion Mathuen i C.^a. --Londres).

(31) «Le Pragmatisme» ---Flammarion, Paris.



Poetas Estranjeros

REQUIESCAT

Pasad ligero; bajo la nieve,
muy cerca, está dormida;
i hablad quedito, porque oye como
crecen las margaritas.

Su cabellera de oro luciente
manchada está de moho;
la que fué un día jóven i hermosa
se ha convertido en polvo.

La niña blanca, nieve, azucena,
casi no tuvo tiempo
para sentirse mujer; tan suave-
mente creció su cuerpo.

Féretro angosto, loza maciza
sobre su pecho tiene,
Sufre mi triste corazón, solo,
mas ella duerme..... duerme.

¡Paz i silencio!... Sonetos, liras,
no han de llegar a ella.
Toda mi vida sepultada dejo:
cubridla bien de tierra.

OSCAR WILDE.





Rasgos biográficos

DE DON NICOLAS PALACIOS (1)

Don Nicolas Palacios era, ante todo, un gran soñador i un gran patriota.

Era un soñador, un poeta que desarrollaba temas de ciencias en sus escritos como un modo de cantar epopeyas a su pueblo i a su raza; pero un poeta nervioso cuya inspiracion desbordante no podia contenerse dentro del marco estrecho de medidos versos i de estrofas uniformes, sino que rebalsaba a torrentes i se escurria avasalladora, encausándose apénas en el campo estenso i variado de la prosa.

Era un patriota, pero un patriota fanático que habia hecho de patriotismo un culto, de la república un templo, del pueblo un Dios i del roto un ídolo.

Era un patriota soñador que deseaba hacer de su patria un paraíso, una nacion libre con un pueblo soberano; pero un pueblo homojéneo, único, escento de toda mezela estraña, que se hubiese hecho rico i poderoso gracias a sus propios esfuerzos i a la proteccion incesante de los hombres de gobierno. Un patriota soñador que ansiaba ser inmensamente rico para realizar los mil jigantescos

(1) Leido en la sesion solemne celebrada en el Salon de Honor de la Universidad, por el Centro de Estudiantes de Derecho, el 25 de Junio de 1911.

proyectos que bullian en su mente privilegiada, para perpetuar en mármol, en bronce o en granito, los hechos heróicos o culminantes de los hijos de su Patria, para proteger a los que escribían libros que hiciesen resaltar las virtudes de su pueblo, para editar un diario colosal donde día a día pudieran escribirse hermosos capítulos de una epopeya interminable que cantara a ese pueblo i a esa raza, que constituían su mas ardiente amor, su única pasión violenta.

Era un patriota soñador que lo veía todo al través de un velo espeso de sano i contagioso optimismo, i que sabia en sus escritos halagar majistralmente nuestro sentimiento mas sensible, el amor a la Patria. i así, dueño ya de nosotros, nos arrastraba en alas de su imaginación a las rejiones de su fantasía haciéndonos comulgar en sus ideas, haciendo que nos indignáramos apasionadamente cuando él se indignaba, haciéndonos llorar cuando él lloraba, haciéndonos soñar cuando él soñaba.

La niñez del señor Palacios deslizóse tranquila en el pequeño pueblo de Santa Cruz. Desde chico se distinguió por su carácter activo i belicoso.

Enviado por su padre a la capital para que cursara humanidades i siguiera alguna carrera, llevó aquí una vida ajitada de academia i de tribuna. Dióse a conocer desde jóven en el Club de la Reforma, i obtuvo dos premios en un mismo certámen literario, al cual presentó dos novelas, ámbas de carácter científico; en una de ellas hacia jirar su fantasía al rededor de una curiosa invención del movimiento perpétuo i en la otra desarrollaba una teoría, fantástica tambien, sobre la trasfusión de la sangre.

Cursaba apenas cuarto año de medicina cuando empezaron las primeras hostilidades de la guerra del Pacífico. El jóven estudiante no trepidó un momento en poner sus conocimientos al servicio de la Patria i se enroló como ayudante a cirujano en el rejimiento Cazadores del Desierto. Durante la guerra se encontró en las batallas de Tacna, Chorrillos i Miraflores. Enviado como médico de un batallón explorador al interior del Perú, tuvo la suerte de visitar el viejo caseron donde pasara don Bernardo O'Higgins los últimos años de su destierro; el recuerdo de esta visita era para él uno de los mas gratos de su vida.

Terminada la guerra concluyó sus estudios i, despues de residir algunos años en diversas rejiones, fué a establecerse en el Alto de Junin, en medio de la pampa salitrera.

Empieza allí una nueva faz de su existencia. Tiene a su cargo una rejion inmensa que atender i sus enfermos le obligan a correr sin descanso desde uno al otro lado de la pampa, teniendo muchos días que hacer 20 o mas leguas, con su botiquin i sus útiles de cirujía a cuestas.

Fué entónces cuando pudo, con calma i observacion, conocer profundamente el valer de los chilenos. Ahí pudo verlos en perpétua competencia con obreros que acudian de todas partes del mundo, i pudo ver que miéntras los demas trabajadores se rendian a los 2 o 3 años, los chilenos seguian i seguian trabajando el doble que los demas, siempre alegres i contentos, importándoles un ápice el mañana, la vida o la muerte.

Ganó en aquel tiempo mucha plata, pero toda ella se le iba por entre los dedos, de un modo casi imperceptible.

Los chilenos, rebeldes siempre a toda tiranía, se negaban muchas veces, a acatar los despóticos reglamentos de los patrones extranjeros, i optaban por abandonar sus puestos, o eran espulsados de ellos por indomables o por haber enfermado en el trabajo.

I aquellos obreros de la pampa, que habian dejado sus familias en el sur i que enfermaban o carecian de recursos, tenian que resignarse a sufrir i perecer sin que nadie se apiadase de ellos, sin que los dueños del salitre sintieran el mas lijero estremecimiento ante la desgracia de los pobres rotos, infelices desamparados en su propio suelo.

En aquellas ocasiones don Nicolas Palacios sirvió de verdadero i único benefactor de todos los chilenos en desgracia. Él, personal i gratuitamente les prestaba sus servicios profesionales i, cuando era necesario, daba tambien para la dieta, para el alimento, para el arriendo de la habitacion i no pocas veces para el pago del pasaje en el vapor que debia conducirlos a sus casas, sin permitir jamas que se le manifestara agradecimiento o que se le prometiese recompensa i sin exigir otra cosa que la firme promesa de no renegar de Chile i de amarlo siempre mucho.

En el Alto de Junin, frente a la casa de don Nicolas Palacios, en el tope de un largo mástil, flameaba en los días patrios i festivos una enorme bandera tricolor, la única bandera de Chile que lucia los fulgores de su estrella solitaria en toda la inmensa pampa sali-

trosa. Al pié de ese mástil reuníanse por centenares los chilenos a oír noticias de sus tierras i a escuchar los consejos del adorado médico de Junin: I siempre al atardecer (él mismo me lo ha contado), cuando la nostálgica oscuridad del crepúsculo traía a la mente de esos chilenos desterrados dentro de su Patria, los tristes recuerdos de los lejanos hogares, de los pechos de aquellos hombres fatigados pero animosos, iba brotando poco a poco, lenta, tímida, a media voz primero, i enérgica, potente, casi áspera despues, la cancion idolatrada de la idolatrada Patria, el Himno Nacional que les hacia derramar lágrimas a torrentes i que concluía al fin con un estrepitoso ¡viva Chile! que iba perdiéndose cien veces repetido por el eco cada vez mas lejano.

En aquella época cerníase por el pais entero un creciente espíritu de desprecio i de hostilidad hácia nuestro pueblo. No eran ya solamente los literatos i la prensa diaria los que hostilizaban i calumniaban a la desconocida raza chilena, sino tambien los documentos oficiales, i hasta los mismos Anales de nuestra Universidad, hacian causa comun con esa corriente malsana i perniciosa.

Las ideas contrarias a cuanto fuera nacional empezaban a aplicarse en la práctica. El chileno era hostilizado en el taller i en la fábrica, en la salitrera i en la mina, para ser reemplazado por peruanos o por chinos: el chileno era espulsado de los fértiles campos del sur, donde trabajaba sin descanso para arrebatar a la tierra una riqueza que no pertenecía a nadie i que, por el contrario, venia a aumentar el caudal de la fortuna pública; era espulsado para atraer i establecer allí, so pretesto de aumentar la poblacion, a jente degenerada i corrompida del infeliz bajo pueblo de otras naciones. I el chileno, paria de su tierra, espulsado de su hogar, emigraba i emigraba para ir a enriquecer con la fortuna inapreciable de su brazo i de su esfuerzo, otras tierras estrañas i desconocidas.

Allá en el norte, en medio de la pampa, don Nicolás Palacios vió todo aquello con profunda pena primero i con incontenible indignacion despues. El habia visto, él estaba viendo en las salitre-ras, allí donde la competencia entre obreros de diferentes nacionalidades era permanente, que no solo era el chileno superior a todos en la resistencia, sino tambien en la hidalguía del carácter, i en la

moral de las costumbres; él había visto allá en la recordada guerra del Pacífico cómo aquellos rotos estaban hechos a prueba de privaciones, de fatigas, de hambres i de guerras, i habiendo comprendido todo aquello, su intelectualidad elevada i su patriotismo jamás decaído lo obligaron a oponerse a toda esa corriente que minaba lentamente el espíritu de nacionalidad, savia conservadora de la vida i del engrandecimiento de las naciones.

Empezó entónces a estudiar i a completar sus conocimientos con teson i sin descanso. En aquellos años (solía decírmelo algunas veces miéntras paseábamos juntos, en las noches del pasado verano, por las sombrías avenidas del Parque), en aquellos años se apoderó de él una especie de loca actividad. Como sus innumerables acupaciones casi no le dejaban tiempo para estudiar, robó ese tiempo a las horas que destinaba al descanso, a un descanso que sin embargo tenía bien ganado. Muchas veces estaba en medio de sus libros, en su escritorio de Junin, cuando venían a buscarlo del otro extremo de la pampa. El médico no renegaba, no decía una palabra, poníase su libro bajo el brazo, colgábase su estuche de cirugía, i a todo correr de su caballo iba a cumplir con su sagrado deber de profesional. A la vuelta hacia marchar su cabalgadura paso a paso, i sin sentir el azote de los rayos ardientes del sol del desierto que le martirizaban las espaldas o el rostro, iba leyendo, mecido por su paciente caballo, deteniéndolo a veces para hacer alguna anotacion o para agregar una cita.

Escribió un sin número de artículos en los diarios del norte, para oponer su todavía débil voz al clamoreo que surjía de toda la República.

Pero él mismo comprendió que estaba poco preparado i se convenció de que le era indispensable hacer un viaje a Europa para completar sus conocimientos.

Sus estudios le habian dado ya la clave de una tesis desconocida que explicaba el origen de nuestra raza, la cual no provenia, como aseguraban algunos, de una raza de antropófagos i de degenerados indios i de una raza de rapaces i sanguinarios aventureros, sino que, por el contrario, era el producto del cruzamiento de la mas noble i valerosa raza que poblara la España: los Godos, con la mas belicosa i fuerte que poblara la América: los Araucanos.

En el año de 1900 partió en direccion al Viejo Mundo en busca de conocimientos nuevos que no le era dable encontrar en América.

A mediados de ese año, confundido en el inmenso océano humano de la ciudad de Lóndres, vióse obligado a poner en juego otros resortes de su amplio conocimiento para cumplir con su misión de patriota.

Desde hacía tiempo un diario de la capital inglesa publicaba extensos artículos del perito argentino don Francisco Moreno, en contra de los intereses de Chile en la cuestión de fronteras con la Argentina, cuestión que en aquella época estaba sometida al fallo de Su Majestad Británica. La prensa i la opinión inglesa se inclinaban ya al lado de nuestros contendores sin que nadie opusiera una sola objeción al cúmulo de parciales razonamientos del perito Moreno.

Entónces don Nicolas Palacios, abandonando por unos días sus estudios, emprendió en numerosos artículos, bajo su eterno seudónimo de «Un roto chileno.» la defensa de nuestros intereses en el diario *The Sunday Special*.

El perito Moreno dominó sus bríos i batióse en retirada i la opinión pública de Lóndres, inclinada ya a favor de la Argentina, tuvo que modificar su prematura simpatía, vencida por los razonamientos de acero de aquel desconocido, de aquel roto chileno, a quien bastaba su pluma para hacer variar el fiel de toda una balanza inmensa.

En sus viajes por el resto de los países de Europa pudo comparar al pueblo de su patria con el avaro bajo pueblo francés, con el perezoso bajo pueblo de la Italia i con la chusma parlanchina de la España. ¡Cuán diferente era su pueblo, su raza chilena, a todas aquellas i cuán lejano estaba ese parentesco que los retóricos i los literatos se afanaban en hacer creer, en su culpable ignorancia!

Vuelto al país emprendió una campaña esforzada i metódica desde los diarios de Iquique. Pero sus trabajos fueron vanos. El desplazamiento de nacionales seguía en las rejiones del norte, tierra que los chilenos habían regado con su sangre, i seguía con escándalos nunca vistos, en las rejiones del sur, tierras que los chilenos habían fertilizado con sus esfuerzos, i de donde eran arrojados a culatazos por sus propios hermanos i por mandato de sus propios gobernantes.

Entónces don Nicolas Palacios se trasladó a Valparaíso, ordenó sus revueltos papeles i sus innumerables ideas, i empezó a escribir

la mas hermosa de sus obras, esa epopeya científica llamada «*Raza Chilena*» que canta las virtudes incomparables de nuestro pueblo.

Se impuso en esos meses un trabajo excesivo, apénas se daba unos cuantos minutos para comer i unas cuantas horas para dormir. Las planillas de papel iban de su mesa de trabajo a la imprenta sin que él tuviera tiempo de corregir sus borradores. Sentia una fiebre irresistible de ver su libro publicado, de repartirlo a precio de costo por toda la República, previendo ya el efecto i los resultados que produciria.

Por fin, una mañana del mes de Agosto de 1904, las librerias del puerto i de la capital lucian en sus vidrieras un modesto libro que presentaba un escudo chileno en la portada, con este sencillo título: «*RAZA CHILENA, libro escrito por un chileno i para los chilenos*». Esa misma mañana el autor, fatigado, flaco, enfermo, se embarcaba para Iquique a reanudar sus servicios de médico en el pueblo de Junin.

Su ánimo siguió valeroso i listo para proseguir sus tareas, pero el cuerpo estaba rendido, pedía a gritos el descanso. Enflaqueció i decayó; una enfermedad traidora se apoderaba de él con una rapidez vertijinosa.

Entre tanto, su libro circulaba por la República entera, llevando hasta los últimos rincones un chorro ardiente de sangre patriótica, i corria por el extranjero i llegaba modesto i respetuoso hasta el callado estudio de los grandes sabios.

Una corriente unánime de admiracion por ese autor desconocido i por ese libro majistral, que tenia el don de centuplicar el patriotismo, empezó a surtir i a propagarse por todo el país. Los sabios extranjeros se descubrían ante el desconocido sabio chileno i, despues de rendir homenaje a sus méritos, discutian o acataban sus doctrinas.

Una indiscrecion del editor de «*Raza Chilena*» dió a conocer el nombre de su autor; el médico de Junin empieza desde entónces a recibir de todos los puntos de la República felicitaciones i alabanzas que leía apénas, en su lecho de enfermo, con sus ojos fatigados de moribundo.

I miéntras en el mundo entero se alababa a ese escritor desconocido, miéntras en Francia, Inglaterra i Alemania se traducían su obra, miéntras la revista de Gotha publicaba en su edicion del 28 de Abril de 1906 un estudio sobre «*Raza Chilena*», donde nos acon-

sejaban que esa obra jennial debia ser leida i tomada como ejemplo por todo chileno, miéntras esto i mucho mas pasaba en el mundo, allá, en el rincon mas apartado de este último rincon de la tierra, el autor, don Nicolas Palacios, moria por momentos.

Los facultativos desesperaban; nadie, absolutamente nadie tenia esperanzas en su salvacion. El enfermo habia llegado al triste estado de un esqueleto envuelto toscamente en amarilla i apergamizada piel. I en el momento mismo en que su cuerpo se rendia a la muerte, la contestura de acero de su ser, la naturaleza incomparable de su raza dió un mentis a la ciencia i a la credulidad i empezó a surjir, a engordar, a vivir de nuevo para continuar la batalla, ganada ya en parte, por su Patria i por su Pueblo.

Sano por completo, tan robusto i con el cerebro tan ampliamente despejado como antaño, su sentimiento sufrió una crisis especial. El, que en la guerra del Pacífico habia curado a miles de heridos i visto morir a miles de personas, él, que en las salitreras estuvo perpétuamente entre enfermos i entre sufrimientos, no podia ahora divisar el rasguño mas leve, no podia ni siquiera oir el quejido lastimero del mas insignificante animal. Vino entónces a medicinarsé a Santiago i después de vanos esfuerzos i agotados los recursos de la ciencia, decidió abandonar su profesion.

En Junio de 1907 se trasladó a Iquique para arreglar sus negocios i traer los escasos ahorros que a duras penas conservaba. Durante la travesía, al salir una mañana de espesa neblina del puerto de los Vilos, el vapor «Imperial» se recostó pesadamente sobre unas rocas. Pareciendo el naufragio inevitable, se produjo entre los pasajeros i tripulantes el desórden i la desmoralizacion comunes en esos casos. El derecho del mas fuerte imperaba como única lei; las mujeres i los niños eran atropellados i golpeados por los hombres que corrian a apoderarse de los botes i de los salvavidas. De pronto una voz de trueno dominó el rujido de las olas, la gritería de los niños i mujeres i los juramentos de los marineros; era la voz de un chileno, del único hombre que, gracias a la voluntad férrea i al valor i caballerosidad propios de su raza, habia conservado su tranquilidad i cumplia en ese momento con su deber; era don Nicolas Palacios que armado del primer objeto que encontró i de pié en medio de la escotilla que daba paso a la escalera, ordenaba a los hombres que



Don Nicolas Palacios

dejasen pasar primero a todas las mujeres i a todos los niños, amenazando con romper el cráneo al primero que osara desobedecerle.

Su actitud fué tan resuelta, su voz tan imperiosa, i su aspecto tan imponente que nadie intentó contrariarlo; las mujeres i los niños bajaron primero, los hombres despues i él, el último de todos.

Este hecho que nos lo retrata tan bien, habria sido ignorado, como lo son seguramente muchos en su vida pues él nunca hablaba de sus actos, si el acaudalado salitrero de Tarapacá, don David Richardson, que se encontró tambien en el naufragio, no lo hubiese referido a sus amigos en Iquique.

Vuelto a la capital, i anunciado por un amigo indiscreto, fué aquí recibido en triunfo; diariamente lo acosaban miles de visitas i de cartas, i fué obligado, casi contra su voluntad, pues era enemigo de cuanto fuese exhibicion, a dar algunas conferencias sobre la «Nacionalizacion de la Industria Salitrera» i sobre la «Decadencia del espíritu de nacionalidad».

Pero esta vida ajitada i bulliciosa era contraria a su carácter i a sus hábitos. Además, tuvo miedo de infatuarse, temió ponerse orgulloso i perder la serenidad e imparcialidad tan necesarias a todo escritor. Un buen día, sin que nadie lo supiera, se trasladó i se ocultó en una casa de la calle Camilo Henríquez i allí solo, tranquilo, sin que nadie fuera a importunarlo, prosiguió su tarea.

Su obra producía i seguía produciendo los efectos apetecidos, i por ese lado, estaba ya casi tranquilo. Se dedicó entonces a ordenar i revisar numerosos estudios que en diferentes ocasiones habia hecho acerca de las razas de Europa, i púsose a escribir un estenso estudio sobre este importante asunto.

La violenta reaccion producida en la opinion pública por «Raza Chilena» empezaba a debilitarse, la prensa, que es comercial por excelencia, hablaba de nuevo, cada vez ménos tímidamente, en contra de lo nacional; el espíritu del estranjerismo volvía a aparecer i crecía con rapidez.

En vista de ésto, i terminado ya su trabajo sobre las razas de Europa, don Nicolas Palacios pensó con toda sencillez i naturalidad, hacer lo que sólo él podía ejecutar en el mundo: escribir una segunda edicion de «*Raza Chilena*», con calma, con mas método, tomando en cuenta las observaciones que se le habian hecho i agregando nuevos datos para comprobar su tesis.

Habia concluido ya su obra cuando un día, un momento des-

pues de haber charlado i reído como de costumbre, un instante apénas despues de haberse entregado al sueño tranquilo i reparador, se filtró callado por las rendijas de su habitacion el espíritu invisible de afilada guadaña. I allí, en la pieza silenciosa, solo i olvidado, sin una queja, sin incomodar a nadie, víctima de una hemorragia interna producida por la ruptura de una arteria pulmonar, dejó de existir ese gran patriota, ese incomparable chileno que se llamó don Nicolas Palacios.

Voi a concluir, i al hacerlo, permitidme referir una escena íntima.

Hablé hace poco de un jiron tricolor de listas de sangre, de azucena i de cielo iluminado por los fulgores de una solitaria estrella de plata, i dije cómo esa bandera era la imájen del Hogar, de la Familia i de la Patria allá en el desierto salitroso.

Pues bien, esa misma bandera acompañó a don Nicolás Palacios en todos sus viajes para ser puesta como adorno en la parte mas visible de la habitacion; esa era la bandera que adornaba su casa en los dias patrios, i esa era la bandera que, por ruego muchas veces repetido a los suyos, abriga tibiamente, con el calor de la enseña de la Patria, el cadáver del gran chileno.

Don Nicolas Palacios habia muerto la noche anterior. Cediendo a un deseo irresistible entré a su habitacion para divisarlo por última vez. Estaba tendido sobre el lecho; por entre las sábanas divisábase el rostro pálido, tranquilo, casi sonriente, como si la Intrusa le hubiese sorprendido forjando un último proyecto de soñador i de patriota. Lo miré con respeto, con cariño, con pena. Sentia en todo mi ser una sensacion estraña, indefinible. Mis ojos recorrían esa pieza pobre, iluminada apénas por las llamitas titilantes de cuatro velas, i, sin acertar a comprenderlo claramente en un principio, me parecia que allí faltaba algo para completar el cuadro. Miré de nuevo el rostro del patriota i un vuelco del corazon me obligó a preguntar:

—¿I la bandera?

—La estamos buscando, respondieron.

En un cajon, cuidadosamente doblado, encontramos el amado tricolor.

Yo mismo la desdoblé, i ampliamente estendida, luciendo como nunca sus hermosos colores, brillando como nunca su estrella solitaria, la llevé hasta el lecho. Cubrí con la bandera suave, delicadamente, el cuerpo del patriota, procurando que la estrella quedase sobre el corazon, i al abrigar con un extremo el rostro del cadáver, quizas a causa del incesante titilar de las luces, mis párpados se vieron obligados a moverse con mayor velocidad . . . Al concluir mi honrosa tarea, pasó por mi cuerpo toda una corriente magnética i ¡lo confieso con orgullo! jamás, en toda mi vida, he sentido una satisfaccion mayor!

JOSÉ MAZA.

Santiago, 24 de Junio de 1911.



DIOS DE UNA TIERRA IGNORADA...

Dios de una tierra ignorada
yo soi; el mundo es mi sueño.

No trazo signos ni formas
en la tierra ni en el cielo.

A nadie mi ser divino
será jamás descubierto.

Para romper mis cadenas
la Sombra i la Noche tengo.

TEODORO SOLOGUB. 1

(1) Poeta ruso nacido en 1863. Es notable por sus poesías breves.



Luis Caviedes

(SEMBLANZA)

† 30 DE AGOSTO DE 1911.

Fué Luis Caviedes el esfuerzo viril que persevera, en la-cha eterna por la ciencia, para tantos hostil, para él amiga i confidente de sus secretos íntimos. Desde niño se mostró de una precocidad extraordinaria que aceleró febrilmente su vida i lo hizo morir viejo a los 27 años.

Cuando solo contaba de cuatro a cinco años era ya to-do su afan la lectura, i el mejor regalo que pudieran hacer-le, un libro de cuentos.

Desarmaba máquinas i relojes i curioseaba cada cosa en un raro afan de esplicárselo todo. Cuando, algunos años mas tarde, empezó, de calzon corto, a estudiar humanida-des en el Instituto, fué la ardilla mimada del curso, aventaja-do en la clase i en el patio: no se contentaba con estar únicamente al dia en sus estudios ni con ver el paso monó-tono i lento de las horas de interno. Investigaba, pregun-taba, inquiria, consultaba, siempre inquieto i novedoso, i aun le sobraba tiempo para imaginar las picardías mas *sangrenues*, los juegos mas riesgosos i raros, las payasadas mas risibles. Encendia i atizaba discusiones acaloradísi-mas entre los muchachos i despues las escuchaba con un

aire de curiosidad *bon enfant*, con aquella sonrisa eterna entre los labios que no lo abandonó jamás.

Salido de las humanidades con notas espléndidas i recibido de bachiller en matemáticas, estudió primero ingeniería, carrera que abandonó para seguir en el Instituto Pedagógico tres o cuatro asignaturas que lo atraían poderosamente. Fué allí, como en todas partes, aventajado i, como en todas partes, querido. Los dos rasgos fundamentales de su personalidad eran una actividad intelectual curiosa e incansable i una ternura afectuosa de simpatía irresistible. No sabia uno cómo lo amaba ni cuánto lo amaba, porque él con su franqueza, con su bondad, con su aspecto de niño sabio, con su sonrisa fresca i luminosa, se conquistaba todas las voluntades. La sinceridad de su alma solo era igual a la discrecion delicada de sus opiniones sobre los hombres. ¡Cómo sabia conocerlos i cómo sabia perdonarlos! Nunca fué agresivo i su bondad llegó a ser evanjélica. No amó a sus enemigos porque no los tuvo, pues aun aquellos que lo engañaron alguna vez, fueron sus amigos i disfrutaron de la riqueza de afectos i de ideas de su alma privilegiada.

Era alto, delgado i flexible, tenia la cara de niño, fresca, viva i limpia de barba, i el cabello abundante, lleno de hebras plateadas; sólo su cabeza era vieja i madura, sabedora de muchas cosas, guardadas en ella con orden i claridad maravillosos. Su corazon era jóven, casi infantil, de una bondad que nada desanimaba, pronto al entusiasmo i al sacrificio, jamás desalentado: su sonrisa era como el reflejo de su corazon inagotable.

No hacia profesion de agradar a nadie, pero todos lo querian; en Talca fué profesor un año i dejó un amigo en cada colega i en cada alumno. Sediento de saber, abandonó allí una espectral situación para ir a Estados Unidos a vivir, por su propio esfuerzo, entre los yanquis hostiles, afebrados por el dollar. Allá la intensa i estensa cultura de

su espíritu dejó maravillados a aquellos sub-especialistas del detalle, i mas aun, cuando lo vieron, en la Universidad de Yale, abarcar cinco asignaturas i en todas sobresalir. Tenia entónces 21 años de edad.

El Gobierno se acordó de él i lo pensionó. Pasó a Europa, pero no se dedicó allá a trasportar cocotas de Paris a Londres, sino a estudiar: frecuentó las universidades, visitó los museos, observó la vida en su actividad poliforme, i, atraído al fin por el impulso irresistible de su corazón, volvió a Chile en busca de la compañera que lo aguardaba i cuyo recuerdo no lo habia abandonado ni un instante.

Aquí su actividad se decupló i alcanzó una intensidad que muy pocas veces habrá dado la máquina humana. Las nuevas obligaciones del matrimonio, la pobreza apremiante, el afán de repartir el bien en todas las esferas de su actividad encontraron en él un motor capaz de subvenir a todo infatigablemente. Pero ese trabajo excesivo minó su naturaleza física que no era fuerte; padeció una larga enfermedad, a la garganta—gaje profesional—, i, cuando ya se creia curado de ella, contrajo en Arica una fiebre palúdica que le royó la sangre. La anemia llegó hasta tal grado que murió completamente exangüe, las manos i el rostro de una blancura mate, casi mármorea.

Luis Caviedes no tenia prejuicios; la claridad de su inteligencia no le permitia tenerlos en ningun orden de ideas. No era de aquellos que, creyéndose espíritus libres, no hacen otra cosa que sustituir un prejuicio por otro, tan falso, tan menguado, tan estrecho, tan irritante como el primero. No renegaba de Dios para adorar el Vientre, ni suprimia la conciencia para hacer jenuflexiones ante el qué dirán. No tenia prejuicios ni relijiosos, ni sociales, ni científicos, ni morales. Su agnosticismo filosófico-relijioso era sereno i tolerante como el que mas; no trataba de imponer su credo, seguro de no ser el depositario de la verdad última. Era

modesto por naturaleza i por su situacion económica, aunque la altura de su nivel intelectual lo habia hecho grande entre los mayores; no por ello se sentia engreido, ni por su modestia rebajado; sin envidias ni suspicacias para los grandes, tenia para los pequeños una reserva de bondad i de justicia que lo hacia trabajar constantemente por la redencion del pueblo.

Ansioso de saber, en eterno aprendizaje de lo que ignoraba, no se dejó jamas sujestionar por el prestigio de la palabra impresa; en todo tenia su apreciacion personal i meditada; no se conjestionaba, ni se le contraian los músculos con la idea de abandonar una teoría cuya falsedad se demostrara o una ruta equivocada; no padecia de misoneismo intelectual; ántes por el contrario, su propio instinto lo llevaba hácia las verdades nuevas, las que, por la lei del progreso, están siempre mas cerca de la Verdad.

Tenia, sin embargo, un prejuicio único, esto es una idea cuya demostrabilidad no fuera para él clara i nítida como un rayo de sol. Este prejuicio era el cumplimiento del deber. No se apartaba de él ni una línea aun cuando no gastara la misma rigidez para con los demas. Convencido de que nada hai demostrado en moral, los dejaba seguir su camino como lo entendian, sin que las cobardías morales de los unos ni las caidas de los otros le indignaran; cuando mas, sentia una sensacion de asco ante ciertas bajezas humanas inconcebibles. Pero en cuanto a él, no se apartaba ni un ápice de la línea de conducta que se habia trazado, que era recta entre las rectas. Su pasion por la verdad era tal, que por ningun motivo habria afirmado como verdadero el hecho falso mas insignificante, aunque comprendiera que ello no tendria consecuencias de ninguna especie ni para él ni para nadie.

Por lo demás, no tenia otro prejuicio moral i pudo vivir su vida con la bella intensidad con que la vivió, sin

marchitar con escrúpulos sutiles ni complejidades artificiales las emociones que la vida le brindara. No se falsificó su vida ni la calcó sobre otra o sobre una novela; la vivió sana, orijinal i noble; no fué nunca vicioso, nó por temor al infierno, en el que no creía, sino porque una sana i vigorosa repugnancia moral lo apartaba de toda vileza i de toda torpeza. Las palabras, sin embargo, no le repugnaban aunque relucieran de grasa i olieran a mugre. Una palabra obscena no era para él una cosa obscena, ya que la palabra no es la cosa. Comprendia perfectamente que no es malsano decir la palabra *asesinato* i la palabra *delito* aunque el delito i el asesinato sean socialmente dañinos. Cada palabra tiene un significado propio i preciso que no hai por qué falsificar. Su lenguaje era de una claridad i precision esmeradas. Jeneralmente los hombres de mayor ajilidad mental son los de palabra mas precisa; cuando tartamudea el espíritu tartamudea tambien la palabra. Caviedes tenia una ajilidad mental maravillosa, por eso su lenguaje era todo precision i claridad. No tenia su frase andares rítmicos, no era nerviosa ni llena de imájenes, ni chisporroteaban en ella los adjetivos; pero la idea espresada era tan segura, tan nítida, que no le hacian falta el colorido ni la pasion para quedar esculpida de mano maestra.

La vida de Luis Caviedes fué breve i feliz; tuvo la brevedad de la dicha. Paladeó a plena consciencia la felicidad de saber i gustó la dicha de amar i ser amado con magnífica serenidad de alma. Él, que se afiebraba en el estudio, jamás tuvo ni inspiró delirios pasionales. Hizo locuras (segun dicen algunos burgueses panzudos) pero sus locuras eran tan tranquilas, tan jenerosas, tan conscientes, tan heroicas, que parecian mas bien intuiciones luminosas de un cerebro privilegiado.

Ñunca supo Luis Caviedes hasta qué punto era querido. Su muerte fué para su familia i para sus amigos como

un desgarramiento. Era un hermano de todos, mayor por la virilidad de su testa sabedora, menor i mimado por la ternura penetrante i acariciadora de su corazon de niño. Dónde le hallaremos, ahora, que emprendió la peregrinacion desconocida? ¿Guardarán los corazones egoistas el perfume sutil de su recuerdo?

C. VICUÑA FUENTES.



LEYENDO A TAINÉ

Ya es incomprendible que los espíritus jeniales puedan ser unilaterales i paralojizarse; ¿cómo no ha de ser, entónces, el mayor de los misterios intelectuales, este hecho de que la misma jenialidad represente tan frecuentemente una facilidad, una disposicion para los paralojismos de esa clase?

La intelijencia de este autor hace pensar en un caudal anchuroso i magnífico, pero de aguas petrificantes. Todo lo que tocó, lo dejó ríjido. I la obra es como un museo de cristales: variados, brillantes, de una suprema belleza jeométrica; mas la substancia ha perdido toda la plasticidad i no admite moldeos ni retoques: el que quiera trabajar sobre ella tiene que empezar por romperla a martillazos.

I el mismo cerebro de Taine . . . Un momento de fantasía. Supongamos que los cristales se perfeccionaran, en esa vida misteriosa que empieza a reconocerles la ciencia moderna, i «evolucionaran,» evolucionaran tanto, que llegaran a pensar. Indudablemente, su manera de ver i esplicar las cosas tendria ciertos caracteres especiales. I ¿no le parece al lector que los cristales de jenio harian teorías por el estilo de las de Taine?

CARLOS VAZ-FERREIRA





Egloga del Camino

Mi viejo camino, un poco
quiero conversar contigo,
i ante las sombras que evoco
hablarte como a un amigo.

Hace tanto tiempo, tanto,
que conozco tus orillas;
en tus yerbas amarillas
cayó alguna vez mi llanto.

Hace tanto tiempo, tanto,
que conozco tus orillas!

Hace tanto tiempo que,
camino, no te veía;
acaso sea alegría
ésto que siento, no sé.

Acaso sea alegría
lo que hai en mi corazon,
se parece a una cancion
llena de melancolía.

Acaso sea alegría
lo que hai en mi corazon.

Nunca tuvo para mí
ningun camino tu encanto.
Sé de la sangre i el llanto
que han vertido sobre tí.

Nunca tuvo para mí
ningun camino tu encanto!

Tras de andar i andar me pierdo
mirando tus lontananzas
i un perfume de añoranzas
surje de cada recuerdo.

Miro tus huellas, i leo
en ellas una leyenda.....
los poemas de la senda
que no adivina el deseo...

...I mañana, cuando ya
esté yo léjos, mañana
cuando suene la campana
de mi aldea? quién sabrá,

¡camino! que aquí mis huellas
quedan tambien, quién sabrá?
¿álguien me recordará?
¿Me habrán visto las estrellas?

Jorje González B.

Esta poesía forma parte del volumen «Misas de Primavera», actualmente en prensa.



Necesidades de la democracia

EN MATERIA DE EDUCACION

—Traducción de Pedro Loyola—

II

LA EDUCACION MORAL DE LA DEMOCRACIA

(*Conclusion*)

¿Tiene la democracia, en materia de moral, necesidades nuevas l específicas que la educacion deba satisfacer?—No, dicen ciertas personas: ya no hai que crear la moral: el cristianismo por una parte, la filosofía por otra, han establecido, a la vez que sus fundamentos, sus reglas; no hai varias morales, diferentes segun los tiempos i los paises; no hai sino una moral; ella está constituida desde hace tiempo; hoi día no falta sino enseñarla i sobre todo hacerla practicar por el mayor número posible de hombres. Esta manera de ver está muy difundida; pero es superficial e inexacta. Una vez mas necesitamos hacer distinciones.

Hai, en efecto, toda una parte de la moral que está constituida desde antaño. El Decálogo dijo: «Respetarás a tus padres, no matarás, no robarás, etc.» El cristianismo agrega que hai que amar al prójimo como a sí mismo; i el estoicismo, desde Sócrates i Platon, ha dicho tambien: «Sé animoso i perseverante; respeta tu dignidad de hombre; desprecia el dolor; no busques tu felicidad sino en la vir-

tud». Hermosas palabras que han iluminado la vida de los hombres desde hace siglos i que aun conservan todo su valor! Ellas han formado i seguirán formando parte integrante del patrimonio moral de la humanidad, i tanto las religiones como las filosofías no cesarán de hacerlas oír.

Pero estas virtudes esenciales, estas buenas i viejas virtudes indispensables a toda sociedad i predicada por todos los moralistas no bastan a todas las necesidades de nuestra sociedad. Son el fundamento necesario de nuestra vida moral, pero no la constituyen por entero. Cuando Montesquieu colocaba en la virtud el principal resorte del gobierno republicano, no queria decir que la observancia de los principios del Decálogo fuese inútil en las monarquías; daba a entender que en un gobierno en que cada uno tiene su parte de autoridad colectiva, es tambien necesario que cada uno tenga algunas de las virtudes especiales de un jefe responsable. Hai virtudes cívicas que deben anteponerse a las virtudes propiamente religiosas o filosóficas. ¿Cuántas veces no oimos decir que tal pueblo no está preparado para la vida libre? Pues bien, lo que constituye esa preparacion a la libertad es, precisamente, el conjunto de virtudes que llamamos «cívicas». Veamos en qué consisten.

Tienen, evidentemente, un doble objeto: por una parte, formar individuos verdaderamente libres, es decir, capaces de iniciativa i de accion personal; por otra, asegurar la union de estas individualidades vigorosas en una accion colectiva armónica. La palabra «individualismo» es jeneralmente mal interpretada. Es mui cierto que el individualismo es cosa detestable si significa egoismo e indisciplina. Pero si por esta espresion se entiende el desenvolvimiento normal del individuo, nada mas necesario a la sociedad que el individualismo bien comprendido; pues la sociedad no es sino la suma de los individuos que la componen, i vale, por consiguiente, tanto como valen éstos. Comprendamos bien solamente que el desenvolvimiento normal del individuo desde el punto de vista moral, impli-

ca dos órdenes de virtudes: las que crean en él la enerjía, i las por cuyo medio las enerjías individuales se coordinan para el bien social.

§ 1.—*La enerjía individual*

Mucho se ha abusado de la palabra *enerjía*. Hemos tenido, desde Stendhal, estraños profesores de esta virtud. Tomar a Julio Sorel, el triste héroe de *Rojo i negro* por un ser fuerte, es un error que, no por estar mui jeneralizado, es ménos estravagante. Mucho se nos ha ponderado la sabia cultura del «Yo», de un yo que se reconcentra en sus sensaciones avivadas por una imaginacion romántica, i se ha tomado por fuerza moral lo que no es sino el mas estéril e insoportable de los diletantismos. Por otro lado, harto hemos oido hablar del «superhombre», que desprecia la «moral de los esclavos», i cuya enerjía, segun entiendo, consiste en que no conoce otro deber que el de adorar la perfeccion en su propia persona.

No hablo de estas diversas concepciones de la enerjía sino para evitar confusiones. Sin entrar, en este tema, en inútiles discusiones, me limito a decir que, a mi vista, el hombre verdaderamente fuerte es, segun la doctrina de Sócrates, aquél que, habiendo empezado por establecer en su alma el predominio de la razon sobre las impulsiones ciegas e inconsistentes, sabe marchar con paso firme hácia un fin noble, cualesquiera que sean las dificultades o los peligros. Uno de los mejores profesores de enerjía que nos es dado escuchar en estos momentos es, a mi entender, Roosevelt, que no es un diletante ni un especulativo i que, en su libro admirable *The strenuous life* («*La vida intensa*»), describe, con mano maestra i con una conviccion elocuente, la verdadera enerjía. Hai que oirlo cómo infama al «innoble bienestar», cómo celebra el esfuerzo fecundo, el esfuerzo siempre grande si crea un fin elevado, el esfuerzo feliz que deja al hombre, aun a falta de éxito, la conciencia de haber sido verdaderamente hombre. «No puede haber un Estado sano sino cuando los

hombres i las mujeres que lo componen llevan una vida pura, vigorosa i sana; cuando los niños son educados de modo que se esfuerzen, no en evitar las dificultades, sino en sobreponerse a ellas; no en buscar las comodidades de la vida, sino en saber obtener el triunfo a costa del dolor i los peligros. El hombre debe sentirse feliz cuando hace una obra de hombre, cuando se espone, cuando sufre, cuando trabaja, cuando cuida a los que de él dependen. La mujer debe ser la dueña de casa, la compañera del fundador del hogar, la madre cariñosa i que no teme tener hijos sanos i numerosos». He ahí las lecciones de enerjía que necesita nuestra democracia.—He ahí las palabras de aliento que es preciso hacerle oír, junto con muchas otras no ménos bellas i saludables que debieran ser nuestro breviario.

La enerjía así entendida toma diferentes formas segun las circunstancias. Las dos mas ordinarias, las que sin cesar tenemos ocasion de poner en práctica son la iniciativa i la perseverancia. Atreverse a emprender una obra nueva, difícil, que entraña peligros, medir éstos de antemano, i no retroceder: tal es la gran virtud de la iniciativa, sin la cual no hai fuerza verdadera. Despues, cuando la obra está empezada, seguir hasta el fin, no detenerse en los obstáculos, sobre todo no creer que las palabras valgan por los hechos; sino estar convencido de que pocas dificultades hai que no pueda vencer una voluntad firme e intelijente, entregada al objeto que se propone i tenaz en los esfuerzos para alcanzarlo: he ahí el segundo punto. Noble virtud en todas partes, pero en ninguna mas necesaria que entre nosotros, en donde, a los vivos impulsos del principio, siguen a menudo, el desaliento prematuro, las recriminaciones inútiles, los fracasos miserables.

Pero la enerjía tiene aun otras maneras de manifestarse, i principalmente por medio de esa valentía moral, tan rara en todas partes, tan necesaria en una democracia, que consiste en mantener la propia opinion; en no seguir el impulso de la multitud cuando la

multitud se equivoca; en romper, si es necesario, con su partido, su círculo, su grupo, su salon, para permanecer fiel a su conciencia. Esta intransijencia, los teóricos de la autoridad la llaman, naturalmente, «orgullo». Nosotros, en cambio, diremos que es la lejitima manifestacion de lo que, con una palabra, bien francesa, se llama «el carácter», i recordaremos los hermosos versos del poeta latino:

Justum ac tenacem propositi virum

.....
Si fractus illabatur orbis

Impavidum ferient ruinae.

No hai existencia humana, por modesta que se la imagine, en que la enerjía no encuentre mil ocasiones de ejercitarse. Todos tenemos nuestras dificultades: obstáculos procedentes de las cosas, opinion vacilante o desconfiada de los amigos; pero la sola dificultad irremediable, en todo lo que hacemos, es nuestra propia debilidad que vuelve estériles hasta las ocasiones favorables. Atreverse a iniciar algo nuevo, a perseverar, a cumplir con su deber hasta el fin: hé ahí reglas de conducta que a todos se imponen. Ellas solas pueden dar el éxito i, a falta del éxito inmediato, la estimacion de sí mismo primero, el triunfo final en seguida, de la idea porque uno se ha sacrificado.

§ 2. — *Coordinacion de las enerjías*

Pero no basta que los individuos sean fuertes: es preciso que todas estas fuerzas se unan i se combinen para el bien comun. Debemos, pues, ilustrar esas enerjías i disciplinarlas haciéndolas converjer voluntariamente hácia los fines colectivos de la vida social.

La idea directriz que ante todo debe iluminar la conciencia del individuo es la nocion del bien público. El hombre aislado no es nada. No vale sino por su union con la sociedad de que forma par-

te. La sociedad es quien le garantiza el libre ejercicio de su actividad i quien le proporciona los recursos que necesita para obrar. Es justo i necesario que, en cambio, su actividad personal tienda a fortificar la comunidad por cuyo medio vive. La forma elemental de la abnegacion por la cosa pública es el respeto a la lei, que nuestra razon personal puede juzgar imperfecta, pero a la cual debemos someternos miéntras sea lei. Sócrates, injustamente condenado por la lei de Atenas, rehusó sustraerse a ella por la fuga. Llegó así hasta el grado heroico de la obediencia a las leyes, que consiste en obedecer aun a costa de la propia vida.

La nocion de la solidaridad necesaria entre ciudadanos de un mismo pais, no es solo una idea abstracta que se impone a la razon: es tambien fuente de un sentimiento de amor recíproco que hace fácil el cumplimiento de la regla observada. La educacion debe tratar de desarrollar este sentimiento. No tengo para qué insistir en esto. Me basta recordar las conferencias dadas aquí mismo el año pasado por M. Léon Bourgeois sobre la *Solidaridad*, i las de M. Anatole Leroy-Beaulieu sobre las *Doctrinas de odio*. Debo agregar, sí, que el sentimiento de la fraternidad ha de referirse primero a los ciudadanos del propio pais, para estenderse despues, progresivamente, a la humanidad toda. La autonomia moral de cada patria particular es tan necesaria a la humanidad como lo es la del individuo a la ciudad. No es sacrificando a nuestra propia patria como serviremos del mejor modo a la humanidad: es, por el contrario, haciéndola lo mas fuerte, inteligente i moral que sea posible, para que así le sea permitido desempeñar un noble rol en el mundo. El amor a la humanidad no es, pues, antagónico con el amor a la patria; por el contrario: éste es la piedra angular de aquél.

Por fin, como ni las ideas ni los sentimientos son las únicas fuerzas que gobiernan al individuo, la educacion debe preocuparse tambien de darle buenos hábitos. Dicen que el hábito es una se-

gunda naturaleza, i con razon. Es, pues, necesario que desde la escuela el niño o el jóven adquiriera hábitos sociales, es decir, hábitos de asociacion, de disciplina de la voluntad, que temperen los excesos de su individualismo. que le enseñen de un modo práctico las ventajas de la solidaridad bien comprendida i que hagan de ella una necesidad tanto de su corazon como de su razon. El frances, mas que otro alguno, ha menester de esta clase de educacion. Somos por naturaleza celosos de nuestra independencia aun cuando sea para no hacer nada. Dos franceses se reunen jeneralmente para charlar, rara vez para obrar. Todo sistema de educacion que por medio de juegos o de tareas mantenga i desarrolle el hábito de la accion comun será, pues, mui útil a nuestra democracia.

III

LA EDUCACION ESTÉTICA DE LA DEMOCRACIA

Hasta aquí no hemos hablado mas que de la educacion intelectual i de la educacion moral.

La intelijencia i el carácter son, en efecto, los dos grandes resortes de la vida humana. La sensibilidad estética es mas bien su adorno i su alegría. Pero no es esta una razon para desdeñarla, pues la alegría, lo he dicho ya, es tambien una fuerza. La cultura estética no está en absoluto de moda en estos momentos. Algunas personas tienen, respecto de ella, sospechas de frivolidad, de diletantismo i la consideran un peligro. Esta mala reputacion es el efecto de una reaccion natural contra ciertos abusos de una educacion demasiado esclusivamente formal. Pero hai que evitar que el temor a ciertos excesos nos haga caer en la exajeracion opuesta, igualmente detestable.

La verdadera belleza no es sino la ostentacion suprema de la idea en una forma que la hace sensible. La mas bella obra de arte es la que encierra en la armonía de la expresion, de la línea, del

colorido, la mayor suma de vida, es decir, de pensamiento i de sentimiento. Eliminar de la idea de belleza toda realidad sustancial es un grave error. Pero escluir, como lo hace Tolstoi, la noción misma de la forma, es un contrasentido. Lo propio de la belleza es ser a la vez fondo i forma, i dar así al alma un alimento completo, mas bien adaptado a los niños i a la multitud que lo que a veces lo es la idea pura. La imaginacion del artista consiste a menudo en una adivinacion. Así, acontece que ella se anticipa a la razon en el descubrimiento de la verdad; tiene presentimientos que allanan el camino a la investigacion metódica. Es verdad que no produce sino hipótesis, pero hipótesis a veces fecundas i destinadas a tomarse en realidades.

Seria, pues, una grave falta no asignar a la belleza su parte en la educacion, en Francia, sobre todo, en donde el gusto natural es tan vivo, en donde el sentimiento del arte ha sido siempre una de las cualidades esenciales del espíritu nacional i uno de sus mas eficaces medios de influencia. Pero basta la insinuacion de estos principios. Por el momento, nos corresponde trazar un programa: solo tratamos de esbozar a grandestragos el conjunto de ideas esenciales en que debe inspirarse la educacion de nuestra democracia a fin de responder a las necesidades del siglo que comienza.

Llegamos aquí al término de este primer estudio. No nos falta sino concluir.

En resúmen, he tratado de establecer principios i de trazar un ideal. Creo que la educacion del siglo XX debe penetrarse de ellos, i que nuestros distintos órdenes de enseñanza, primaria, secundaria i superior (sea cual fuere, por lo demas, la forma definitiva que hayan de tomar) tienen por tarea comun i esencial desenvolver en el futuro ciudadano, segun sus métodos i sus recursos propios, estas virtudes fundamentales del espíritu i del carácter que he llamado:

- 1.º Un buen sentido realista i metódico;
- 2.º Un individualismo a la vez enérgico i social;
- 3.º Un amor a lo bello que no sea sino, en cierto modo, el amor a la verdad i a la grandeza moral.

ALFRED CROISSET.





Los conquistadores del Sol

Iban hácia allá, caminando desde una larga oscuridad de tiempo, siempre hácia levante, en cuya lejanía esperaban ver despertar alguna vez la aurora.

Venian de allá, del pais remoto donde, miles de años ántes, se eclipsó la luz, cuyo vago recuerdo, cada vez mas vago, solo conservaban las tradiciones i las leyendas. Talvez por eso aquel pais tiene un nombre tan sencillo: se llama Tierra, su reina es ía Noche i sus habitantes se llaman Hombres. Es cosa triste que en lo mas simple resida mejor lo doloroso!

Venian de allá, iban a allá; en estos términos se podria resumir la historia de cualquier historia por difícil que fuera o cuando ménos la de esta vagabunda caravana que, sin volver la cabeza, huia de la tiniebla con los ojos fijos en la lontananza.

Fijos los ojos en la lontananza . . . La caravana era interminable; cabalgaba en los corceles de la ambicion, en los dromedarios de la ciencia i en las mulitas del ensueño (oh los videntes, los soñadores i los profetas!) La caravana interminable parecia febril, como si una angustia partiese de un pesado sopor a una esperanza indecisa.

La caravana! Por qué turbó su dormir ahito al hambriento ensueño de la claridad? ¿Cómo puede desearse al que no se conoce? Es que la sangre de los viajeros galopaba al tibio impulso de un rayo de sol bebido hacía siglos de siglos por antepasados mas dichosos que ellos, i en sus pechos se moria de ánsia algo indefinible, que talvez era nada, pero que les comunicaba una inquietud impaciente. En puridad no es que estuviesen hartos de sombra, sino que sentian simplemente la nostalgia de la luz.

I marchaban para salirle al paso. No necesitaron indagar el camino. Venian de la sombra, por la sombra rumbo al oriente, sin temor de estraviarse, o porque es uno sólo el camino, o porque todos los caminos van a él, aunque no alcancen hasta él. Parten de un mismo principio, se bifurcan i, sea el de allá Crímen, éste Deber i el de mas acá Sacrificio, volverán a reunirse en aquel ignorado punto de cita, meta de todo peregrinaje.

¿Cuánto tiempo hacia que peregrinaban? ¿Qué estension llevaban recorrida? En la negrura no hai medidas de tiempo ni de espacio sino un largo cansancio de una pieza. Algunos, por regresar al lugar de donde partieron, renunciaban a seguir i decian «adios» con la cabeza; pero, apénas uno que otro respondia a esta despedida eterna; otros, no pudiendo mas, caian sobre la senda, sin que por esto se detuviera la caravana o desertara nadie de sus filas para ofrecerle su ayuda, su consuelo, sus dátiles o su calabazo de agua. Quedaban, pues, en el suelo, pero escrutando la cerrada i muda lontananza que nada quiso decirles; tristes de no poder continuar «cuando el término se acerca i los otros lo disfrutarán.» Esto creian ellos i hasta hubo uno que, habiendo rodado cerca de una charca, pensó ver en su fondo el mensajero astro matutino, sumerjió la mano i solo estrajo un puñado de fango. Aun no empezaban a comprender que las estrellas están en el cielo de la pro-

pia fantasía i que lo que brilla en el limo es únicamente su reflejo.

Entre tanto los de la errante caravana iban repitiéndose en voz alta, para prestarse aliento a sí mismos, que el oriente estaba cercano, que el nacimiento del alba no podía retardarse. Aunque supieran que no era sino ficción creada por su deseo, hasta vislumbraban ya en el horizonte sus blancas sombras i ni uno volvía la cabeza temeroso de flaquear. Sabían por experiencia que nadie alcanza compasión de nadie, que los demás los abandonarían sin más escrúpulo que el que ellos tuvieron cuando abandonaron a otros. Esto los aislaba i los hacía considerarse estraños; así como la sola posibilidad de que, más resistentes que ellos, los demás fueran más léjos, los hacía considerarse enemigos. Nada, nada los reunía sino su común afán de marchar al encuentro del día, de asistir al alumbramiento del sol.

Como que es el sol lo que buscan, lo que pretenden conquistar los pobres ilusos, i llámenlo concordia, amor, justicia o verdad, en el fondo es el mismo, el único, el eterno sol.

Pero el sol no apunta todavía para ellos! Unos comienzan a dudar de su existencia; otros, más humildes, temen haber equivocado el camino; i este temor es tan inútil como aquella duda desde que ya se ha caminado tanto que sería imposible retroceder i comenzar el viaje de nuevo.

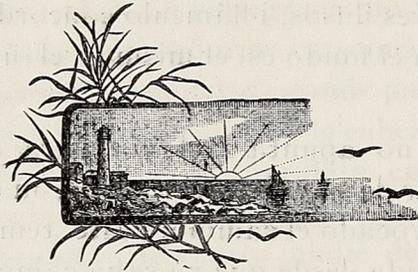
Inútil i peligroso, pues al volver la vista siquiera, los peregrinos sabrían que sus esfuerzos han sido vanos i que nunca alcanzarán su objeto.

Porque, hé aquí que quien sigue vuestros pasos, pobres hombres, que quien va a la grupa de vuestras propias cabalgaduras, que quien no se ha apartado un punto de vuestra caravana, que quien os acompañará donde quiera

que vayais! oh videntes soñadores i profetas! es la Noche misma, la reina Noche que no va seguramente en persecucion del sol como su pueblo, pero que vela por su pueblo: la madre Noche que miéntras cruce la caravana el desierto abrazador de la vida, la protegerá proyectando delante de ella, a los lados, por todas partes, la sombra fatídica de su desmesurada silueta.

Es así como los que se creen *conquistadores del sol* no vienen a ser sino *la Noche en marcha*.

AUGUSTO THOMSON,





Los últimos azahares

Los naranjos i limoneros salpicaban sus oscuros follajes con innumerables azahares, que brillaban en los rayos de la luna. Corria un airecillo blando cargado con el perfume de las flores i con el sosiego de la noche clara. Nuestros corazones, a semejanza de las arañas diligentes, tejian, entre todas las cosas, un hermoso juicio sobre la vida, que brillaba a la luna, como las frágiles redes de plata de las arañas que hilan.

Cientos de pájaros ocultos dormian en las espesas copas, que estremecian con lijeros sobresaltos. Sólo un naranjo, el mas viejo de todos, estaba solitario. Dos años ántes, era el preferido de las aves i el que recibia mas alabanzas de nuestros amigos, que admiraban un ejemplar tan soberbio. Era, entónces, el mas hermoso, pero no el que producía mayor el número de naranjas doradas. Pero una oculta enfermedad hizo que amarilleasen sus hojas i, pronto, unas tras las otras, se desprendieron, como jilgueros heridos que buscaban las altas yerbas para esconderse i morir.

Cuando llegó la primavera de ese año, el viejo naranjo, que siempre fué avaro de azahares, se llenó de ellos como

de buenos propósitos; pero sus fuerzas disminuían, i muy pocos se tornaron en naranjas pequeñas, que los niños codiciaban en sus juegos.

Anoche me he acercado a él, i bajo la luz de la luna, desnudo de hojas i cubierto de azahares, parecia nevado con una nieve lijera i perfumada.

Ah! pero no me engañas, viejo mio. Ví que tus azahares se desprendían al paso de la brisa mas lijera. Ninguno de ellos fructificará.

Ví a los pequeños líquenes i a los musgos dorados crecer sobre tu cuerpo altivo, como crecen las yerbas sobre la tierra. Ninguno de los azahares fructificará. Son demasiado numerosos para tus fuerzas escasas, que desprecian los pájaros que duermen i que chupan miriadas de piojillos inmóviles.

Ah! viejo mio, hubiese sido deseable diseminar, en el trascurso de los años idos, esta abundancia de azahares. Pero ya es inútil. Sobran los buenos propósitos, nacidos ante la proximidad de la muerte, porque, cuando a ésta ya se la divisa, llega demasiado pronto . . .

PEDRO PRADO.

Crónica Estudiantil

COMUNICACIONES

Con motivo de los últimos incidentes estudiantiles ocurridos en Lima, la Federación de Estudiantes de Chile cambió con sus colegas peruanos las siguientes comunicaciones:

«Santiago, 18 de Setiembre de 1911.—Señor Cárlos Concha, Presidente del Centro Universitario.—Lima.—Federación de Estudiantes de Chile envía a los compañeros peruanos sentidos homenajes de condolencia i simpatía.—*Alejandro Quezada,*»

«Lima, 18 de Setiembre.—Señor Alejandro Quezada.—Universitarios peruanos agradecen vivamente simpática actitud de americanismo compañeros chilenos.—*Cárlos Concha.*»

Estas comunicaciones, según telegramas de la prensa diaria, produjeron una grata impresión en Lima.

La Prensa de esa capital comentó este incidente con elevado espíritu i espresaba: «La satisfacción que producía el noble gesto de solidaridad de los estudiantes chilenos con los peruanos a despecho de las dificultades actuales entre ambos países. Esta actitud, agregaba el citado diario, disipa los recelos que podrían venir de la juventud de aquel país con ocasión del Congreso de Estudiantes que se reunirá en Lima el año entrante. Esta manifestación, concluía diciendo, está destinada a romper el hielo de las suspicacias patrióticas i auspicia sentimientos de concordia entre los pueblos del continente.»

CORDA FRATES

A principios de Setiembre se ha reunido en Roma el Congreso Internacional de Estudiantes de la Corda Frates.

Es extraño que a dicho Congreso se hayan adherido, por medio de delegados, únicamente dos naciones Sud-americanas: Chile i Argentina. Podemos agregar que, según noticias recibidas, los delegados de ambas naciones han desempeñado brillantemente su misión. Nuestras felicitaciones.

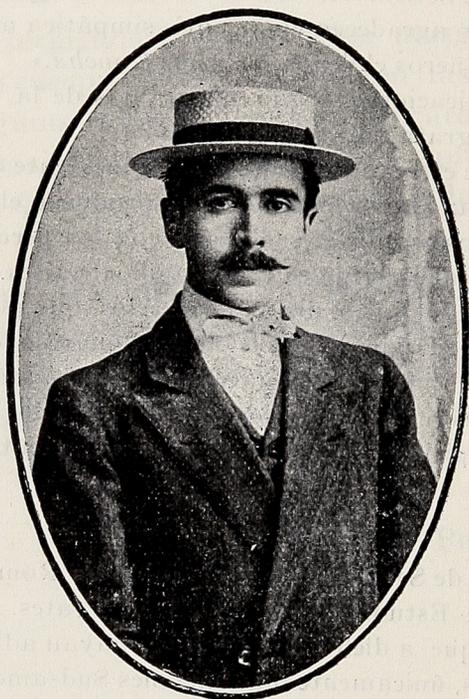
FIESTA DE LOS ESTUDIANTES

A pesar de los acuerdos tomados al respecto en los Congresos de Estudiantes Americanos, esta fiesta no se ha podido celebrar entre nosotros, por coincidir su fecha con el feriado universitario correspondiente al aniversario patrio de Setiembre.

IN MEMORIAM
DON CARLOS H. ACUÑA AZOCAR

† *en Talca*

Un nombre mas ha venido a sumarse a la lista cronológica de los últimos meses: Carlos Humberto Acuña Azocar, aventajado alumno del 4.º año de Derecho, cuyo falle-



cimiento ha sido tan hondamente sentido entre sus compañeros de estudio.

Cumplimos la triste misión de dejar constancia en estas páginas de este duelo estudiantil.

Libros Recibidos

GIOSUE CARDUCCI.—«*Poesie*.»—Nona edizione, con due ritratti e quattro facsimili.—Nicola Zanichelli, Bologna, 1911.

Esta edición completa de las poesías del mas grande poeta cívico de Italia puede considerarse como definitiva.

El editor Zanichelli recopiló en «*Poesie*» los versos principales de Carducci, a partir con *Juvenilia* (1850-60), hasta la *Canzone di Legnano i las Odi Barbare*.

Peca solamente la edición por falta de un artículo sobre el poeta i algunas notas aclarativas sobre ciertas poesías que resultan un tanto oscuras para los que no están mui al cabo de la historia italiana de los últimos años.

REMY DE GOURMONT.—«*Le Pelerin du Silence*.»—Mercure de France, Paris, 1911.

Figuran en este tomo dos novelas cortas.

Le Fantome, divagacion enrevesada, con vistas a un misticismo pasado de moda; *Le chateau singulier*, especie de cuento injénuo mas complicado que un capítulo del Maha-Bharata, Completan este volúmen *Le liver des Litanies*, tontería digna de un Vargas Vila de pacotilla; el *Théâtre Muet* i *Pages retrouvées*, entre las cuales hai no pocas pepitas de oro.

JEAN PICHEPIN.—*L'aile*, Pierre Lafite, Paris, 1911.

Una novela como muchas, que no agrega ni quita nada al autor de «*El Mar*» i de «*Las Blasfemias*». Se lee con cierto interes a pesar de su fantasía antojadiza.

R. DE FLERS I G. DE CAILLAVET.—*Mignette et sa mère. Les sentiers de la vertu*.—Modern Theatre. Arthème Fayard, Paris, 1911.

Dos comedias para niños grandes. Excelentes aperitivos para la sobremesa de algun dispéptico desocupado. Como obras teatrales hacen pensar mas bien en pantomimas que no en comedias. Sin embargo, se las lee con agrado, gracias a su lenguaje abundante en chistes i equívocos.

PÉLADAN.—*L'art idealiste et mystique*.—Sansot et Cie. Paris, 1911.

Los simbolistas de 1890 leyeron con placer este libro, místico, astético, paradójico, antojadizo i . . . banal en sustancia. Bien enterrado está monsieur Peladan con todos los estetas del simbolismo i no bastará esta segunda edición de «*L'art idealiste et mystique*» para salvarle del naufragio del mas justiciero olvido.

EMILE FAQUET.—*L'Préjuges Nécessaires*.—Société Française d'Imprimerie et de Librairie.—Paris, 1911.

El ilustre profesor i académico es lo que podríamos llamar un hombre grave, mui sesudo i mui inteligente. Ve las cosas claras, i saca de ellas todo lo que se puede sacar. Lo cual no impide que a veces saque tambien, a vuelta de paradojas, razones como la siguiente: «Suprimid las virtudes militares, i toda la sociedad civil se hunde. Pero si esta sociedad tuviere el poder de regocerse sobre nuevas bases seria pagar mui cara la paz universal, adquiriéndola al precio de los sentimientos de valor, honor i sacrificio que la guerra mantiene en el corazon de los hombres.»

Ecce homo i voilà, en sustancia, un aspecto de «*Préjuges Nécessaire*.»

ALFRED KERR.—«*Das Neue Drama*.»—S. Fischer, Berlin, 1911.

Hé aquí una obra interesante a pesar de su superficialidad, pues los artículos que la componen han sido publicados al día en los diarios alemanes. Estudia en ella Kerr las nuevas tendencias del drama aleman de los últimos años, siguiendo su evolución con aguda suspicacia de crítico.

GERHARD HAUPTMANN.—«*Die Ratten*.»—Berlin, 1911.

Especie de tragicomedia, cansada, confusa, indigna del gran poeta de «*Die Versunkene Glocke*». Fué representada en Berlin con poco éxito.

«LILIECRONS AUSGEWAHLTE BRIEFE.»—Zwei Bände, Schuster und Löffler, Berlin, 1911, con un largo prefacio de Richard Dehm.

Para los historiadores de la literatura alemana moderna esta obra es de un valor enorme. Cada carta es un documento vivo o un diario del poeta de «*Bunte Beute*.» En ellas se alude, a cada instante, al movimiento literario del instante i, sobretudo, a los proyectos i nuevas obras que el poeta prepara en su retiro.

Detlev von Liliencron fué en la pasada jeneracion literaria de la Alemania moderna, el poeta que mejor comprendió la renovación literaria llevada a cabo por el naturalismo i, así, en esta su correspondencia íntima, aparece documentada su evolución completa que le llevó al campo de la poesía parnasiana i mas tarde al naturalismo.

FRANCISCO CONTRERAS.—*La piedad sentimental*, novela rimada.—Garn'er Hermanos, Paris, 1911.

«La piedad sentimental» podria mas bien llamarse *historieta romántica, escrita por un ocioso*.

Los versos son detestables; su lenguaje ramplon i plagado de galicismos, por añadidura. Trae un prólogo de Ruben Darío, tan malo como el libro.

HENRI ROUJON.—*Dames d'Autrefois*.—Hachette, Paris, 1911.

Retratos de señoras i señoritas, escrito por un galantuomo metido a literato.

LINARES RIVAS.—*La raza*.—Biblioteca del Renacimiento, Madrid, 1911.

Comedia mui bonita, con vistas al drama. Su autor es un noble español.

EDUARDO MARQUINA.—*La alcaldesa de Pastrana*.—Biblioteca Renacimiento, Madrid, 1911.

Tres pesos i una hora de tiempo completamente perdidos.

FRANZ ADAM BEYERLEIN.—*La retraite*, adaptation de Maurice Remon du drame «Zapfentreich».—Collection illustrée Pierre Laffitte et Cie., Paris.

Entre los modernos escritores alemanes es Franz Adam Beyerlein uno de los mas leídos en la actualidad en la patria de Heine. El éxito enorme alcanzado por su novela militar «Jena oder Sedan» bastó para hacerle una situacion envidiable entre los noveladores teutones. Escribe con sencillez i se cuida poco en aparecer como un sicólogo o como un esteta. Ni aquello ni esto le preocupa; que si no es un artista amigo de refinamientos, en cambio sabe el secreto de agradar con facilidad ya que, como dice el doctor Walter Bläsing, es Beyerlein un observador seguro i excelente.

«La retraite», publicada hace tiempo por el editor parisino Pierre Laffite, es una adaptacion novelesca del drama de Beyerlein «Zapfentreich», estrenado en Berlin en 1903, cuando el teatro de Sudermann, de Hauptmann i de Halbe imponian el éxito del naturalismo.

La version reconstitutiva hecha del aleman por Mauricio Remon no nos permite apreciar otra cosa en la obra del escritor tudesco que la fábula, ya que el ropaje literario obra es tan solo del traductor.

«Zapfentreich» no es una obra de un alto mérito artístico, ni con mucho; la novela escrita por Remon resulta muchísimo mas literaria, mas simple i mas interesante. Todo lo fítil que resalta en la obra teatral desaparece en «La retraite». Sin embargo, a pesar de todo esto, «La retirada» es de aquellas novelas que una vez leídas van a parar al rincón de una estantería a dormir el sueño eterno de los libros inútiles.

«La fábula de la novela es tan sencilla como desaliñada. Despues de dos años de estadía en la Escuela de Caballería de Hanover Otto Heibig regresa a Semhein, pequeña guarnicion ds la frontera, donde le aguardan su padre adoptivo, el viejo Valkhardt i su hija Clara, prometida de Otto. Sin embargo, la recepcion de su novia ha defraudado sus esperanzas; Clara ya no le ama. ¿Quién es, entónces, su rival? Heibig no lo sabia hasta que un día sorprende al capitán Lauffen con ella, dentro de su propia casa. Es preciso vijilar i acaso buscar la revancha. Una noche, medio bebido, se dirige al aposento de Lauffen i despues de exijirle al capitán su palabra de honor de respetar a Clara i en circunstancias que éste pretende arrojarle de su cuarto, Otto Heibig abofetea al capitán i alcanza a descubrir que Clara se ocultaba en el aposento contiguo al de Lauffen. Luego se forma un proceso para castigar la indisciplina de Heibig i cuando el capitán se presenta a prestar declaracion para jurar en falso i Otto se obstina en negar para salvar la honra de Clara, ésta es llamada a declarar i la verdad aparece proclamando la inocencia de Otto Heibig, al mismo tiempo que la propia falta. El viejo Valkhardt, herido en lo mas sensible de su orgullo, tiene una entrevista con el capitán Lauffen. Se batirá con él en duelo a muerte. Sin embargo, la llegada repentina de Clara al aposento cambia todo: ella se introdujo al cuarto del capitán guiada por su amor inmenso. El padre oye impassible de labios de su hija toda la verdad. Así, el viejo Valkhardt, termina siendo juez i verdugo: mata a Clara de un balazo i se abre la garganta al siguiente día en su calabozo con una navaja de afeitár.»

LUIS ROBERTO BAEZA.—*El Cilicio*.—(Novelas breves). Un volúmen en 4.º de 230 páginas. En todas las librerías.